

**PALABRAS DE LA PRIMERA DAMA DE LA REPÚBLICA DE
COLOMBIA, NOHRA PUYANA DE PASTRANA, EN LA
INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DEL MAESTRO
FERNANDO BOTERO EN EL MUSEO MODERNO DE
ESTOCOLMO**

Estocolmo, 29 de septiembre de 2001

¿Qué es Antioquia? ¿Cómo explicar en este día de otoño, en medio de esta hermosa y sin igual ciudad de Estocolmo, qué es Antioquia? Y debo aclarar que no hablo de “Antioquía”, la ciudad de Turquía que fue la capital de un antiguo imperio, sino de un verde y dinámico departamento de mi país.

Por eso me pregunto: ¿Cómo hacerles llegar desde el trópico colombiano el olor y el color de esas montañas surcadas por cultivos imposibles? ¿Cómo describirles la pujanza y la fortaleza de esos arrieros que abrieron caminos a machete y fundaron pueblos y forjaron empresas y construyeron sueños en casas llenas de flores y de hijos?

Parecería una labor difícil o imposible, pues, a primera vista, nuestras culturas resultan tan distintas y lejanas... Pero sólo a primera vista, porque Suecia y Colombia o, para ser más

precisos, Suecia y Antioquia, esa hermosa región colombiana, tienen mucho en común.

¡Cuántos suecos cruzaron el Atlántico e hicieron vida y fortuna en nuestra tierra! Recordemos no más la historia del Conde Federico Tomás Adlercreutz, quien luchó con las tropas libertadoras de Bolívar por la independencia de Colombia.

Pensemos también en los casos de Carlos Ulrich de Hauswolff y de Peter Nisser, quienes fueron pioneros de la minería en las montañas de Antioquia, a comienzos del siglo XIX, entre muchos otros antropólogos, arqueólogos, lingüistas y hombres de industria venidos de la nación sueca, que reafirmaron con su trabajo en Colombia su vocación vikinga de exploradores y su apertura a nuestra cultura.

Pero tal vez la saga más recordada es la que corresponde a la familia De Greiff, surgida de don Carlos Segismundo von Greiff, quien ocupó altos cargos en la misma provincia de Antioquia y es el tronco principal de una familia que le ha dado a Colombia brillo literario, científico y artístico.

De allí surgió uno de nuestros mejores y más originales poetas, León De Greiff, quien se definía a sí mismo como *“el sueño ex-Viking, ex-Coracero, ex-Capitán de paladines vándalos, godos y suecos”*.

Ahora podrán ver por qué no es tan difícil contar a los suecos cómo es Antioquia. Porque este departamento colombiano se ha convertido de alguna manera en una segunda patria para muchos de ellos, que hoy son tan antioqueños y tan colombianos como fueron suecos sus antepasados.

¿Y por qué hablo de Antioquia? Porque hoy estamos aquí para celebrar y festejar la exposición de pinturas y esculturas de uno de los más grandes artistas del siglo XX y el siglo XXI, un hombre universal que, sin embargo, nunca dejó de ser un antioqueño, el hijo predilecto de Medellín, “la ciudad de la eterna primavera”.

Fernando Botero, un colombiano cuyo arte es sólo comparable a su generosidad, tiene en sus ojos grabadas las montañas y los pueblitos de su tierra, tiene en su olfato la memoria de las orquídeas y los helechos, tiene en su corazón el canto de los ríos que cruzan las veredas y los terruños de su Antioquia. En

otras palabras: tiene en su obra lo mejor de Colombia, lo mejor de un país grande y hermoso que lucha día a día por vencer la adversidad, por ganar su derecho a la alegría, por hacer realidad el sueño de la paz.

Él mismo lo ha dicho con palabras que nos llenan a sus compatriotas de orgullo y emoción: *“Nunca he dejado de ser colombiano. Mi país y mi origen paisa han sido el aliento y el espíritu, la esencia de mi creación artística. Veo cómo los años me llegan y siento una enorme nostalgia por Colombia. Mi acento antioqueño no me abandona; mi alma estará siempre en Colombia, así mi vida transcurra en Europa y por el mundo”*.

¡Ahora podrán entender con cuánta alegría he venido hoy, como representante de mi país, para acompañar este evento de arte en Estocolmo, en el que un hombre como Botero trae a la península escandinava el color y la esencia de nuestra Colombia!

Sus obras han estado en los mejores museos del mundo y gran parte de ellas reposan hoy de manera permanente en Medellín y Bogotá. Sus esculturas, esas voluminosas formas que son a la vez pesadas como bronce y ligeras como alas, han

asombrado y admirado a los transeúntes en los Campos Elíseos de París, en la *Park Avenue* de Nueva York, en el Paseo de La Castellana de Madrid, en Washington, en Los Ángeles, en Rio de Janeiro, en Buenos Aires, en Santiago de Chile, en México y en la *Piazza della Signoria* de Florencia.

¡Qué bueno verlas hoy en Estocolmo, en la hermosa calle *Strandvägen*, donde se posan tan naturalmente que parecen haber estado en ella desde hace siglos, en medio de leyendas y de dioses, con el permiso de Odín y la complicidad del poderoso Thor!

El Museo Moderno de Estocolmo, con más de cuatro décadas de servicio al arte contemporáneo, hoy abre sus puertas a un aire nuevo que tiene, sin embargo, el aroma del renacimiento; hoy cuelga en sus paredes personajes voluminosos y curiosos que, con seguridad, harán las delicias de los suecos y de todos los visitantes a esta exposición.

¡Qué frutas gigantescas, pensarán! Son las frutas de Colombia.

¡Qué orquesta maravillosa, pensarán! Es una orquesta que toca la música contagiosa de Colombia.

¡Qué bailarines tan graciosos y felices! Son la muestra de esa sana alegría que se vive en las fiestas de Colombia.

Por supuesto -y en esto sí debo ser muy clara y enfática- el Presidente y la Primera Dama de Colombia no somos, por fortuna, ni tan rollizos ni tan formales como los que ha pintado, con su humor habitual, el maestro Botero.

Pero no sólo fiesta hay en sus cuadros. También está el dolor, porque Botero no huye de la realidad que a veces, tristemente, nos agobia. En su caso la violencia no es pretexto, sino la obligación moral de un colombiano que no sólo atestigua la belleza de su patria, sino que también acompaña sus momentos difíciles.

Colombia, ustedes saben, ha sido víctima de una violencia insensata que ha sido alimentada y financiada por el problema mundial de las drogas ilícitas, un problema que no generamos nosotros pero cuyas nefastas consecuencias sí sufrimos más que ningún otro país del mundo.

Por eso las pinturas que verán sobre esta situación no son pinturas sobre un hecho lejano, sino sobre una violencia que nos atañe a todos: a los que producen, a los que consumen, a los que venden insumos químicos, a los que permiten el lavado de dineros provenientes del narcotráfico, a los que trafican armas, a los que defienden y justifican los actos de violencia.

Hoy mismo, cuando la humanidad se siente agobiada por el tremendo accionar del terrorismo -un terrorismo que Colombia ha sufrido y sufre en carne propia, generado por causas que escapan a nuestro control- los cuadros de Botero también nos interpelan y nos convocan a una acción solidaria y responsable a nivel internacional.

¡Botero, en el dolor y en la alegría, es y será el pintor del alma colombiana!

Apreciados amigos:

Desde ahora y hasta inicios del próximo año ustedes podrán convivir con la obra del más representativo artista colombiano, y podrán imaginar sus personajes robustos, llenos de vida y de

luz interior, paseando orondos por las calles y puentes de esta hermosa ciudad al norte del mundo.

El lago Mälär y sus innumerables islas serán testigos de un nuevo Renacimiento, de la mano del inigualable Piero della Francesca, que parece revivir en el arte de su discípulo colombiano; se llenarán de pronto sus riberas de pequeñas casitas pintorescas, como son las casas de la Antioquia de Botero y de De Greiff; vibrarán con el coraje y el espectáculo de las corridas de toros, y sentirán, en fin, el alma de Colombia recorriendo, como en un sueño, este país de vikingos y de leyendas.

Ya estuvo aquí, hace 19 años, nuestro gran escritor Gabriel García Márquez, recibiendo el máximo galardón de la literatura. ¡Que bueno ver ahora a nuestro inmenso artista, al mago del volumen y el color, recibiendo también la admiración y el cariño del pueblo nórdico!

Gracias, Maestro Botero, por difundir con su arte el mensaje de Colombia. Gracias al Museo Moderno de Estocolmo y a todos quienes hicieron posible este milagro de acercamiento a través del arte.

Quizás después de esta exposición ustedes, al igual que nosotros, sabrán al fin de qué tierra les estoy hablando cuando evoco las montañas de Antioquia, cuando les cuento de mi amada Colombia, ¡cuando me estalla el corazón de patria al contemplar el arte de Botero!

Muchas gracias.